CUADERNOS historia 16

Los Olmecas

Miguel Rivera, Emma Sánchez y Andrés Ciudad



69

La cultura Olmeca o cultura madre mesoamericana fue un civilización antigua precolombina que habitó en las tierras bajas del centro-sur de México, durante el periodo Preclásico Medio mesoamericano, aproximadamente en el estado mexicano de Veracruz y Tabasco en el istmo de Tehuantepec. La cultura Olmeca tuvo una muy amplia influencia ya que las obras de arte de esta civilización también se encuentran en El Salvador. Los olmecas se desarrollaron entre los años 1200 a. C. hasta alrededor del año 400 a. C., y por muchos historiadores es considerada la madre de las culturas o civilizaciones mesoamericanas que surgirían posteriormente.

AA. VV.

Los Olmecas

Cuadernos Historia 16 - 69

ePub r1.0
Titivillus 25.12.17

Título original: *Los Olmecas*
AA. VV., 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Cabeza colosal de La Venta.

Indice

Bibliografía



Cabeza colosal olmeca procedente de La Venta, México.

La civilización olmeca

El actual territorio mexicano agrupa una serie de espacios pertenecientes a la denominada Mesoamérica y, dentro de ella, presenta restos de algunas de las culturas que alcanzaron un mayor desarrollo en la época precolombina. De entre éstas, la olmeca muestra especiales rasgos de valor y originalidad, y su mismo estudio plantea de forma plena la cuestión general de las culturas americanas de base indígena. Las creaciones olmecas, generadas sobre una superficie aproximada de 18.000 kilómetros cuadrados de zonas pantanosas situadas al borde del Atlántico, nació hacia el año 1500 a. C. en medio de unas condiciones climáticas definidas por un elevado nivel de pluviosidad.

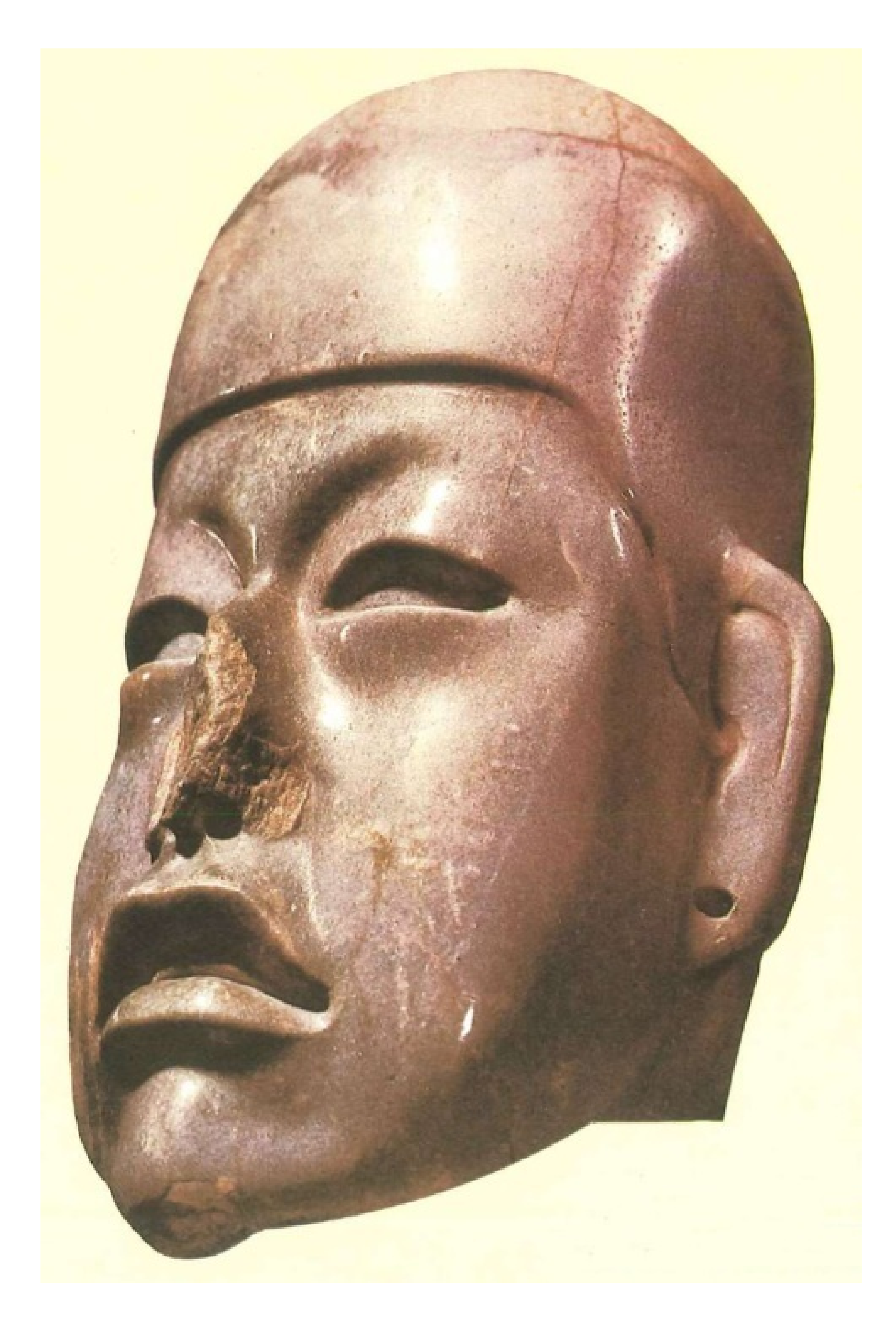
Los elementos conservados que han sido hallados a partir de las primeras excavaciones realizadas en el año 1938 permiten hablar plenamente de una verdadera civilización olmeca. Este pueblo contó con todos los elementos necesarios para

establecer esta afirmación, ya que crearon una elevada cultura original a pesar de hallarse en medio de unas condiciones físicas en absoluto favorables para ello. Considerando las limitaciones que suponía contar únicamente con una economía agraria, los investigadores han encontrado en la actividad comercial desplegada por los olmecas la base de su expansión cultural.

En este *Cuaderno,* Miguel Rivera Dorado estudia en primer lugar la composición social y la organización económica, política y religiosa del pueblo del hule. Una comunidad que había de encontrar en sus elementos religiosos, centrados en la adoración de la figura del jaguar, el fundamento de su propia integración como grupo.

A continuación, Emma Sánchez realiza una aproximación a este sorprendente y maravilloso arte, que supone la primera creatividad en este campo merecedora de una calificación tal, llevada a cabo en la zona intermedia entre las dos Américas. La descripción de los rasgos y valores artísticos de los objetos conservados habla por sí misma de esta realidad.

Finalmente, Andrés Ciudad trata acerca de la expansión territorial del pueblo olmeca sobre las tierras limítrofes, tanto debido a su auge económico como a su esplendor cultural. La influencia olmeca, a partir de estos dos presupuestos, se dejará sentir de forma visible en el istmo, incluso en zonas bastante alejadas del centro de irradiación original de esta cultura. Ello constituye la mejor muestra de la vitalidad de la misma y de la validez de los principios que la inspiraron.



Cabeza olmeca tallada en jadeíta. Fue hallada en Tarango y actualmente se conserva en el Museo de Antropología de México.

La conquista romana de Hispania (210-154 a. de C.).

Por Miguel Rivera Dorado
Profesor de Arqueología Americana. Universidad Complutense de Madrid

LAS primeras civilizaciones americanas no comparten con sus iguales del viejo Mundo un rasgo que todavía sorprende a los investigadores: la precocidad de muchas de las perfectas realizaciones materiales con que se pueden identificar o distinguir.

En efecto, los arqueólogos promueven a menudo largos debates cuando tratan de vislumbrar las razones de que los antiguos objetos de jade de la cultura olmeca sean tan consumadas obras maestras, nunca superadas en los dos mil años siguientes de historia indígena independiente, o si pretenden resolver el espinoso problema del transporte y labrado de los colosales monolitos formativos —el período llamado Formativo se extiende entre el segundo milenio antes de J. C. y los comienzos de la era cristiana— de la región del sur de Veracruz y occidente de Tabasco o bien en los intrincados valles andinos del subcontinente meridional, al indagar los orígenes del arte barroco y maduro de Chavin de Huantar.

Todas esas manifestaciones, de un gusto exquisito, de una rotunda habilidad técnica, surgen de la nada como traídas a la vida por misteriosos encantamientos. De la sencillez tranquila que se adivina en los vestigios de las aldeas tribales pasamos sin solución de continuidad a percibir expresiones de fuerza y contundencia insospechadas. Casi podemos afirmar que en ciertos lugares de América el salto de un primitivismo plano y banal a las más clásicas elaboraciones plásticas e ideológicas se produjo con la asombrosa presteza con que el espíritu transpone el borroso límite entre el sueño y la vigilia, sin convulsiones aparentes, con sosegada naturalidad.

Tal fenómeno ha provocado numerosas explicaciones, algunas simplemente especulativas, otras obviamente descabelladas: con todo ese aluvión de remotas migraciones y esporádicos viajeros procedentes de Asia o de África, la realidad es que hoy el problema del origen de las civilizaciones precolombinas sigue siendo asunto propio de los arqueólogos americanistas, es decir, que la mayoría de los estudiosos sensatos reconocen que la investigación de los procesos que condujeron a la espléndida floración cultural visible en México y Perú a mediados del segundo milenio antes de Jesucristo debe hacerse en los mismos territorios del Nuevo Mundo, que allí están, sin duda, las claves precisas, al igual que los brillantes resultados de tan profunda mutación.

La tierra del caimán y del jaguar

El área geográfica donde surgió y se desarrolló la primera de las civilizaciones de la América septentrional ocupa una extensión aproximada de 18.000 kilómetros cuadrados en los modernos Estados mexicanos de Veracruz y Tabasco, con los ríos San Juan y Papaloapan por el oeste y los pantanos que rodean al Grijalva por el este, entre el océano Atlántico y las estribaciones de la Sierra Madre Oriental.

Es tierra caliente que no supera los 100 metros de altitud, excepto en el macizo de los Tuxtlas, cuyos picos promedian 500 metros y dividen la cuenca del Papaloapan del Coatzacoalcoa. La notable abundancia de agua, pues a las corrientes superficiales citadas y a otras muchas de menor caudal habría que añadir la fuerte pluviosidad anual que sobrepasa regularmente los 3.000 milímetros, convierte la región en una suerte de inmensa Venecia campestre, donde la humedad, el lodo y las ciénagas ponen las notas características.

Ese exceso de agua, raro en el resto de Mesoamérica, protagonizó en el pasado la vida cultural de las poblaciones y determinó en buena medida la orientación peculiar de sus realizaciones. De igual manera que los temibles mosquitos y los feroces reptiles constituyeron excelentes factores de disuasión cuando las gentes se propusieron ocupar permanentemente la zona, así el rico y fértil limo que depositan los ríos representó, por el contrario, un incentivo de incalculable significación para los agricultores aldeanos.

Valiosa muestra de la aspereza del país ofrecen los relatos de expedicionarios modernos, como el de Desiré Charnay a finales de 1880, que no pudo prescindir de las canoas en todos sus recorridos, o el del famoso John L. Stephens en 1840, y eso por no citar a los antiguos transeúntes con el detalle que se merecen, aunque sea imposible omitir a individuos del fuste de Hernán Cortés, que cruzó el territorio en la épica marcha a las Hibueras, narrada prolijamente en sus *Cartas de relación*.

Fueron, desde luego, las circunstancias de tan inhospitalaria geografía las que frenaron el ímpetu de los exploradores y arqueólogos y, por ello, salvo contadas visitas en el siglo XIX y principios del XX, la región permaneció aislada y misteriosa, con decenas de importantes tesoros históricos ocultos a las miradas de los forasteros.

Sólo entrada la década de los años treinta se descubrió la gran civilización que allí había florecido en el pasado, y tuvieron que transcurrir todavía tres décadas para que el mundo científico obtuviera cumplida noticia de la magnitud de los hallazgos y de la trascendencia que poseían para la comprensión de la historia antigua de México y Guatemala.

Los habitantes del país del hule

Tal cosa significa precisamente la palabra *olmeca* en el idioma náhuatl de los moradores del altiplano central de México. Es decir, los aztecas y sus vecinos se referían a la feraz región de la costa del golfo calificándola por uno de sus principales

productos de exportación, el hule *(ulli)*, la resina del árbol llamado olquauitl (Castilla elástica, Cerv., al que los mayas nombran *k'iche* o *k'iikche*, árbol de sangre), de la que se hacían las grandes pelotas macizas para el ritual del juego practicado por todos los pueblos mesoamericanos.

Bien es cierto que el reiterado uso tardío del vocablo nos priva de la concreta filiación étnica de las diversas gentes procedentes del área, pero al menos se pueden reconocer como diferentes y singulares respecto a los numerosos grupos con los que entraron en contacto los belicosos mexicas.

En el siglo XVI se denominaba olmeca principalmente a los *xicalanca* o *uixtotin*, cuyas peripecias históricas eran conocidas desde los albores del periodo Posclásico (900-1500 d. C.), voces que tienen que ver también con la geografía: gentes de Xicalanco o lugar de calabazas y gentes del lugar de la sal.

Sea como fuere, lo interesante es señalar las estrechas relaciones de los olmecas tempranos y tardíos con las sucesivas culturas establecidas entre los volcanes y lagos del Anahuac. Algunos antropólogos han llamado a esas relaciones *simbiosis*, porque la costa del golfo proveía a las tierras altas de productos vegetales imprescindibles, llevándose a cambio la filosa obsidiana y gran variedad de piedras para la molienda y el ornato personal.

Apenas se han conservado vestigios óseos de los olmecas arqueológicos: la gran humedad y la acidez del suelo han desintegrado los esqueletos que suelen encontrarse en los enterramientos, de modo que la reconstrucción del tipo físico sólo puede abordarse partiendo de las esculturas, terracotas figurativas y otras representaciones.

Parece ser que eran individuos de baja estatura, algo obesos, pero fornidos, braquicéfalos de cara redondeada, ojos oblicuos, con el pliegue epicántico típico de la raza mongoloide, nariz corta y ancha, boca de labios gruesos, mandíbulas potentes y cuello corto.

Las narices y bocas que se ven en las enormes cabezas colosales de piedra han provocado la hipótesis de la mezcla de razas, ya que, sin duda, recuerdan los tipos platirrinos de fuerte eversión labial que se hallan en el corazón de África. Pero los autores más rigurosos descartan hoy cualquier aporte genético transatlántico —imperceptible, por otra parte, en los indígenas descendientes de aquellos remotos pobladores— y suponen que esos rasgos son la idealización de la apariencia infantil, incluso de un modelo de enfermedad que tuvo gran importancia en las ideas religiosas olmecas.



Máscara de jade (izquierda) y niño-jaguar (derecha), Museo de Antropología, México

Hacia comienzos del siglo XV antes de nuestra era existen testimonios de la ocupación humana de la región por agricultores aldeanos. El arqueólogo norteamericano Michael D. Coe identificó las fases para el periodo más antiguo —que otros autores llaman Olmeca I— caracterizado en términos generales por la ausencia de monumentos de piedra y por reflejar una forma de vida igualitaria no muy diferente de la que entonces se encontraba por toda el área mesoamericana.

Esas fases se denominan Ojochí, Bajío y Chicharras; temporalmente cubren el lapso entre el 1500 antes de nuestra era, cuando aparecen en la región los primeros vestigios de habitación humana sedentaria, y el año 1200 a. C., momento en que los pobladores del sitio de San Lorenzo empiezan a labrar las impresionantes cabezas monolíticas y otras esculturas pétreas.

En un sentido estricto esos tres siglos iniciales no debieran llamarse olmecas, pues pocas cosas permiten adivinar en ellos los caracteres estilísticos y los patrones culturales que más tarde sirven para identificar a la primera civilización americana. Por lo que toca a la cerámica, es de los tipos que se encuentran en el llamado *horizonte Ocós*, un conjunto de materiales arqueológicos de mediados del segundo milenio, propios de las pequeñas comunidades de labradores y pescadores que habitaban el litoral del Pacífico de Chiapas y Guatemala.

El rasgo sobresaliente de tal manifestación cultural neolítica se halla en sus probables relaciones con grupos más avanzados de la costa del Ecuador; tanto si la navegación que permitió esos contactos fue desarrollada por los ecuatorianos de la cultura Chorrera —lo que es más verosímil— como si partió de Mesoamérica, el hecho resulta una notable proeza para una época remota que no poseía estímulos

sociales aparentes que justificaran la arriesgada empresa.

El periodo Olmeca II puede dividirse en una fase de esplendor del sitio de San Lorenzo (1200-900 a. C.) y una siguiente identificada por la destrucción de San Lorenzo y el predominio de la entidad política encabezada por el sitio de La Venta (900-400 a. C.). En este período se produce el máximo apogeo cultural, tanto en lo que respecta a las monumentales realizaciones arquitectónicas y escultóricas, a la finura y perfección de las obras de arte de menores dimensiones, como a la temprana expansión e influencia de la civilización olmeca por toda Mesoamérica, pues parece que las figuritas y recipientes decorados con motivos iconográficos típicos de Tlatilco y Tlapacoya (en la cuenca de México), las pinturas rupestres de Juxtlahuaca (Guerrero) o los petroglifos de Pijijiapan (Chiapas) pueden ser fechados en los alrededores del año 1000 antes de nuestra era.

Por último, el periodo Olmeca III (400-100 a. C.) es de franca decadencia. El sitio de Tres Zapotes —unos cincuenta montículos que se extienden a lo largo del arroyo Hueyapan— es el único gran heredero de la vieja cultura en el interior de las fronteras regionales, pero sus manifestaciones resultan modestas, lánguidas y carecen de la originalidad y el vigor de antaño. No obstante, es en los tiempos tardíos de Tres Zapotes cuando se talla la famosa estela C, que contiene una importante inscripción cronológica de la clase conocida como Serie Inicial; leída a la manera maya, la fecha es 7.16.6.16.18 6 Etznab 1 Uo (año 31 antes de Jesucristo en nuestro sistema calendárico), una de las más antiguas de Mesoamérica y la que sirve de eslabón entre la supuesta manera de medir el tiempo entre los olmecas y la complicada estructura astronómica-simbólica de los mayas clásicos.

Las bases económicas de la civilización

La eclosión de la vida social civilizada en el sur de Veracruz y occidente de Tabasco constituye un problema todavía no resuelto por los antropólogos y que entronca con el de la limitada capacidad de los bosques húmedos tropicales para albergar y mantener las densas colectividades humanas que son necesarias cuando las relaciones en el interior de los grupos se hacen complejas y jerarquizadas.

Desde luego, esa complejidad se traduce en integración política, expresiones artísticas y monumentales de las ideas legitimadoras del orden comunitario, control de comportamiento de los individuos, división del trabajo, regulación del sistema productivo y de las exacciones tributarias, educación formal institucionalizada y procedimientos coercitivos específicos.

Todo ello requiere inicialmente la obtención de sobrantes agrícolas con los que alimentar a las personas que han abandonado los campos de cultivo para residir en las ciudades o centros ceremoniales y dedicarse al gobierno, la religión o el arte.



Cerámica olmeca hallada en Tlapacoya, México (arriba, izquierda. Estela 2 de La Venta (arriba, derecha).



Escultura conocida como La Abuela (centro), y tumba A (abajo), ambas en La Venta.

Esos excedentes son difíciles de conseguir en las selvas pantanosas de la región olmeca, donde también el transporte, la comunicación, la integración o el control social, en definitiva, tropiezan con graves obstáculos. ¿Cómo pudo entonces surgir allí la primera gran civilización americana?

Agricultura y comercio fueron las bases económicas de la civilización olmeca. Tres formas de laboreo estaban al alcance de las técnicas de *tala* y *quema* que poseían los olmecas: el cultivo en las ricas márgenes aluviales de los ríos, donde podían llegar a obtener dos cosechas anuales; la preparación de parcelas en las laderas de cerros y montañas —por ejemplo, en los Tuxtlas—, en las que puede cosecharse una vez al año o alternar una temporada de barbecho, y la roturación del interior del bosque, con un régimen corriente de dos a tres años de siembra y cosecha por ocho a doce años de reposo para facilitar la recuperación de la tierra.

Técnicas variadas

Las plantas principales fueron, sin duda, el maíz, las calabazas, el chile y, probablemente, los frijoles. La técnica de *tala* y *quema* implica varias etapas: cortar

la vegetación, quemar troncos y ramas, sembrar, escardar y cosechar.

Los cuidados para no dañar los delgados suelos tropicales son infinitos, se procura buscar los campos en zonas bien drenadas, se dejan en su lugar los tocones que pueden sujetar la tierra y se siembra delicadamente con un palo aguzado que apenas remueve el estrato superficial.

Ciertamente, los olmecas, además de una agricultura variada, tal vez intensiva en determinados lugares, que podía mantener por encima de sesenta personas por kilómetro cuadrado, tuvieron siempre la posibilidad de recolectar las plantas y frutos silvestres que ofrece sin tasa la ubérrima naturaleza, y, sobre todo, como demuestran los hallazgos arqueológicos, cazaron ciervos, tlacuaches, pecaris, tapires y extrajeron toneladas de pescado —especialmente róbalo y tarpón— de los lagos y corrientes de agua.

Con tales complementos proteínicos su dieta quedaba perfectamente equilibrada y es de suponer que siempre hubo producción excedentaria que se canalizaba hacia los centros ceremoniales o cabeceras políticas donde residían los jefes y demás especialistas. Aun así, la población total de la región no debió superar las 350.000 personas, cifra resultante de suponer la densidad promedio alrededor de veinte habitantes por kilómetro cuadrado —recuérdese que hay extensiones pantanosas de imposible ocupación— dentro de los limites aproximados que se asignan a la subárea olmeca.

El temprano intercambio comercial a que se entregaron con decidida vocación los olmecas es de todo punto innegable y adquiere mayores proporciones y complejidad a medida que se realizan nuevos descubrimientos arqueológicos en diferentes zonas de Mesoamérica. No cabe duda que fue el deseo de consolidar la línea de desarrollo social emprendida a finales del segundo milenio lo que llevó a las gentes de la tierra caliente a recorrer los cuatro rumbos, hasta distancias que hoy todavía se nos antoja desmesuradas, en busca de materias primas y objetos preciosos destinados a simbolizar entre sus poseedores las posiciones de estatus y los cargos políticos y religiosos.

Con las enormes ganancias conseguidas mediante el control monopolístico de las principales rutas de movimiento de mercaderías, los señores de la costa del golfo pudieron llevar a cabo las formidables empresas urbanísticas que modificaron la faz del territorio, y en ellas se apoyaron precisamente para afianzar de modo definitivo su indiscutido poder.

Desconocemos los bienes que los mercaderes olmecas ofrecían a cambio del jade, la obsidiana, la turquesa y otras piedras preciosas, pero se puede suponer que pieles, plumas, tal vez copal —la resina utilizada en Mesoamérica a la manera del incienso del viejo Mundo— y cacao fueron las principales cargas transportadas.

De hecho, cuando los españoles conquistaron México las características de este comercio tradicional se habían mantenido prácticamente inalteradas. Lo que merece la pena destacar es que los olmecas fueron los primeros en establecer una red de

intercambio que cubría tan dilatada superficie, y esto en tiempos de gran inseguridad, cuando ninguna fuerza política sobresaliente garantizaba el orden en amplias jurisdicciones, sino que, por el contrario, multitud de sociedades tribales se acantonaban en valles y mesetas envueltas en suspicacia respecto a vecinos codiciosos o atrevidos viajeros.

Hay que presumir por ello que, al igual que sucedía con los famosos *pochtecah* de la época azteca, los mercaderes olmecas eran simultáneamente soldados, o bien que las caravanas iban acompañadas de escuadrones de guerreros que velaban en todo momento por la protección de personas y fardos.

Los primeros nobles y los primeros plebeyos

El gran imperio clásico de Teotihuacán no hizo otra cosa que tomar a su cargo y ampliar esa vieja red comercial creada casi mil años antes, y semejantes medidas adoptaron también los sucesivos herederos tardíos del predominio en el área, toltecas y, sobre todo, aztecas. De manera que los olmecas llevaron a cabo la primera integración cultural del enorme territorio mesoamericano merced a sus pretensiones de desarrollo político y económico, y tal comportamiento ejemplar perduró más de veinte siglos en consecutivos estados nacidos de los pueblos de las altiplanicies: es lo que llaman los arqueólogos, con frase no exenta de poesía, *horizontes culturales*.

Ciertamente, para un antropólogo el problema crucial que plantea la civilización olmeca es la inédita mutación de una sociedad igualitaria, tribal y aldeana, a otra jerarquizada en la cual la estricta división del trabajo implica presencia de grupos con rangos bien diferenciados.

¿Cómo se produjo tal fenómeno? ¿qué motivos condujeron al establecimiento de un pacto de relaciones asimétricas entre las distintas partes de la comunidad? ¿Cuáles fueron —y de dónde salieron— las primeras ideas legitimadoras de una situación irregular y extraña que, sin embargo, habría de manifestarse triunfadora —plenamente adaptativa— y progresar en instituciones cada vez más complicadas e irrevocables?

La arqueología arguye que sin una autoridad centralizada, con capacidad de organizar el trabajo colectivo, es imposible acometer las colosales empresas artísticas o arquitectónicas que se descubren en sitios como San Lorenzo y La Venta. Afirma también que artistas con dedicación de tiempo completo son perceptibles detrás de las esplendorosas joyas de jade, los finísimos relieves o la cuidada cerámica.

Para ello, algunas gentes debieron abandonar el laboreo de los campos antes de que finalizara el segundo milenio, se concentraron en lo que serian posteriormente centros ceremoniales y dirigieron las actividades de centenares de campesinos, muchos de los cuales se convirtieron en canteros, lapidarios, alfareros, tejedores, albañiles, plumajeros, soldados, sacerdotes y funcionarios diversos.

Las minorías gobernantes, probablemente miembros de un mismo linaje o clan, imaginaron la doctrina religiosa que debía dar legitimidad al nuevo orden, crearon los ritos y ceremonias apropiados —a menudo enraizados en los primitivos cultos agrícolas—, y fijaron las normas adecuadas para que todo el grupo participase de esa forma particular de ver el mundo y de entender las relaciones sociales.

A partir de aquí, y hasta la época de la conquista española, los mesoamericanos quedaron escindidos en nobles y plebeyos: los primeros conservaban la pureza de la sangre ancestral y se consideraban cercanos a los dioses o padres fundadores de la colectividad, de lo cual emanaba su derecho a ejercer el poder y dictar las leyes: los segundos labraron la tierra, engrosaron las filas de los ejércitos y realizaron multitud de funciones al servicio de los señores.

Religión

Conviene subrayar una y otra vez que la aparición súbita de la civilización olmeca en la costa del golfo de México sólo fue posible merced a la elaboración de una persuasiva doctrina, comúnmente aceptada, que tenia por misión explicar con nitidez la nueva estructura social, los vínculos del estamento dominante con los espíritus y fuerzas sobrenaturales, y los papeles que incumbían a cada uno de los miembros de la sociedad.

Esa ideología modélica, fuente de la ética y la moral prehispánica, construcción armónica basada en símbolos y alegorías, es lo que denominamos religión. Desde luego, la gran profundidad temporal y la relativa escasez de testimonios arqueológicos convierten en una difícil tarea la descripción de la religiosidad olmeca. No obstante, dado que en ella se encuentra el fundamento de todas las cosmologías mesoamericanas, podemos ensayar la extrapolación de datos mejor contrastados procedentes de las culturas maya o azteca



Escultura de un hombre-jaguar en piedra (izquierda). Figurilla de jadeíta azul procedente del Cerro de las Mesas (centro) y bajorrelieve de un altar de La Venta (derecha).

Señalaremos también algo sumamente importante: la religión olmeca, ideología de la primera sociedad compleja de la América septentrional, nace acompañada de dos elementos vitales en el pensamiento indígena, la escritura jeroglífica y el calendario. Con la escritura, aunque todavía en un estadio incipiente, se plasma quintaesenciada la magia del símbolo en los monumentos; quienes son capaces de detener y hacer materia el soplo de la palabra y la notoria intangibilidad del pensamiento deben sin duda pertenecer a la categoría de los seres divinos: nada como la escritura expresará desde entonces en las tierras bajas del sur de Mesoamérica el enorme poder de los jefes o de los reyes.

El calendario

El calendario, por su parte, es un edificio filosófico que trata de ordenar y hacer significativo el universo, llenando de energía y de rostros divinos los segmentos cronológicos que están en el origen del mundo y de la vida. Signos de escritura se pueden ver, por ejemplo, en el monumento 13 de La Venta y anotaciones calendáricas en la estela C de Tres Zapotes o en el momento E de este mismo sitio veracruzano.

Varios autores coinciden en afirmar que la base de las creencias y la mitología olmecas se encuentra en la idea del apareamiento de un jaguar y una mujer. Fruto de tal unión es un niño humano con rasgos felínicos, el cual se supone que funda la

sociedad de los bosques cálidos del golfo de México.

Distintas esculturas presentan la imagen de aquel portentoso ser, por ejemplo, el monumento 14 de San Lorenzo y el altar 5 de La Vega. En esos macizos bloques de piedra se abre un nicho del que emerge una figura humana cubierta con alto tocado que sostiene en sus brazos la híbrida criatura; es posible interpretar el conjunto como la llegada a la superficie de la tierra del niño-padre fundador, traído o presentado por un demiurgo o dios telúrico.

Parecida escena podemos contemplar en la extraordinaria escultura sedente —y exenta— conocida como monumento 1 de Las Limas. De hecho, numerosos pueblos mesoamericanos pensaban que la humanidad salió por las cuevas del interior de la tierra, y los signos labrados en los llamados altares indican que se trata de una representación cósmica.

El famoso antepasado olmeca, el niño-jaguar cuya imagen fue difundida por los mercaderes a través de miles de kilómetros cuadrados, es el antecedente del dios Tláloc de los teotihuacanos y del dios Bolon Tsakab de los mayas, y está presente —transfigurado, pero reconocible— en decenas de estelas del período Clásico y en los interesantes relieves de estuco de Palenque.

Más complicado es explicar por qué los olmecas eligieron a un jaguar para el trascendental coito que inauguró la vida humana. El jaguar es animal de costumbres nocturnas, es fiero y poderoso, inclemente y solitario, y en consecuencia simbolizó la noche —incluso su piel semeja el firmamento erizado de estrellas—, las fuerzas del inframundo (del averno, del interior de la tierra, el reino de los muertos y lugar de la posible resurrección), la majestad y vigor únicos de los monarcas, la sigilosa inteligencia de los sacerdotes y el valor y astucia de los guerreros.

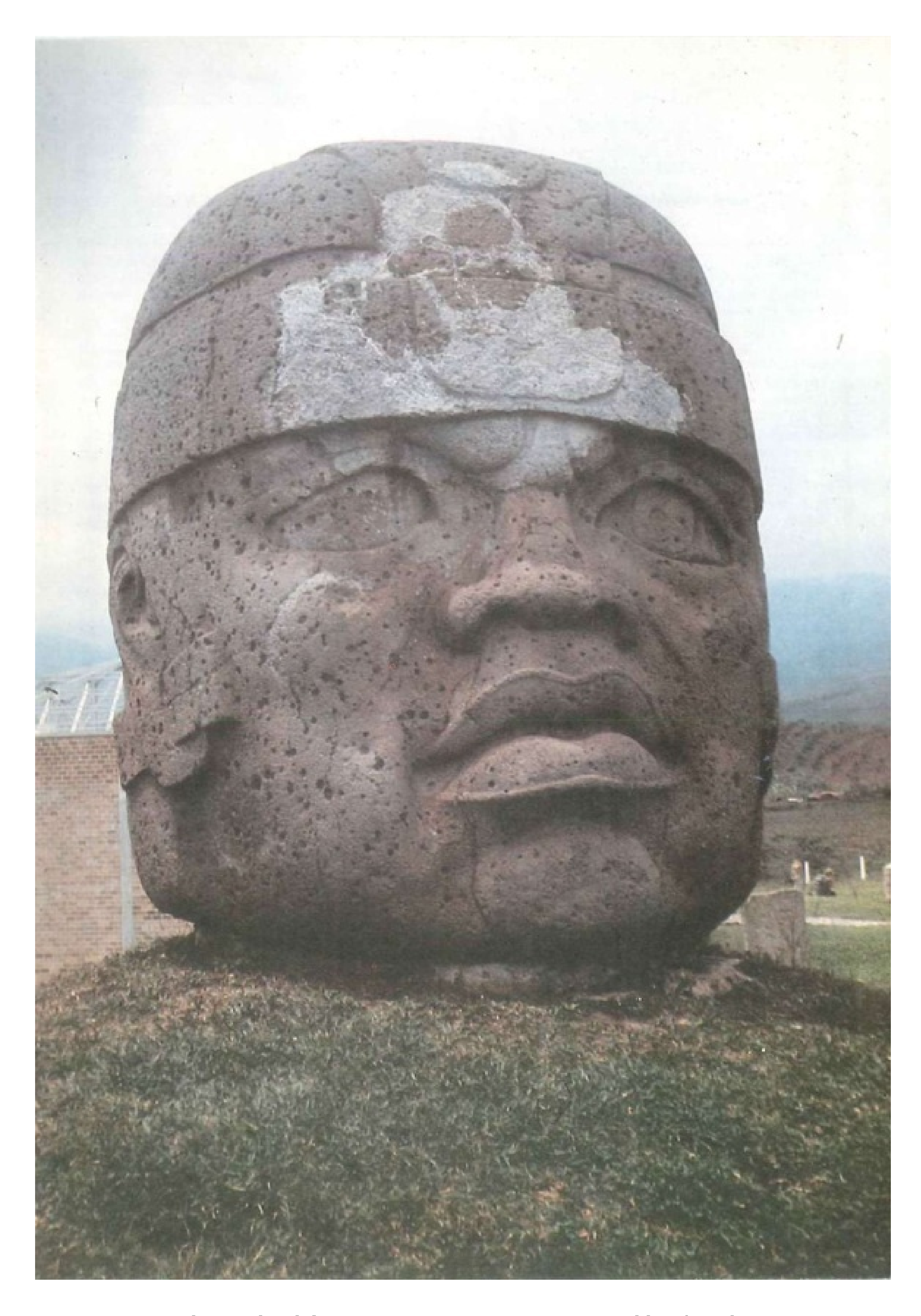
La mujer es tal vez la luna, elemento celeste, con lo que tendríamos la hierogamia esencial —unión de cielo y tierra— que en Mesoamérica da origen al mundo y a la vida. Pero la misma tierra es también el polo femenino de la creación y, por ende, la que está en condiciones de parir a los ancestros de la sociedad, o sea, a la sociedad toda.

Otros monumentos sugieren aspectos complementarios del sistema religioso olmeca. Así, en el monumento 19 de La Venta, un individuo aparece recostado sobre la inmensa serpiente que por regla general se interpreta como representación del cielo: en el altar 3 de La Venta dos personajes barbados, dioses o sacerdotes seguramente, dialogan sentados a la manera oriental; la cabeza del monumento 2 de Laguna de los Cerros recuerda las efigies del dios solar en la plástica posterior de los mayas clásicos.

Además, las tumbas colosales cerradas con columnas de basalto y los entierros en grandes sarcófagos de piedra hablan bien a las claras de la importancia del ritual funerario y del gran prestigio de determinadas personas.

Algunas pirámides fueron receptáculo de sepulcros principescos, pero su función primordial era sostener los santuarios de materiales perecederos: tales montículos

artificiales, imágenes del universo y templos de los antepasados y de los dioses cosmológicos constituyen la síntesis perfecta del antiguo pensamiento mesoamericano: con ellos los olmecas elevaron no sólo sorprendentes construcciones, sino expresiones de la memoria colectiva de un pueblo singular que todavía se encuentra rodeado de impenetrables misterios.



Cabeza colosal de San Lorenzo, Veracruz. En esta población se han encontrado ocho cabezas de las quince conocidas en la actualidad.

El arte

Por Emma Sánchez Montañés
Profesora de Antropología y Etnología de América
Universidad Complutense de Madrid

LAS manifestaciones artísticas olmecas se plasman sobre todo en escultura y pintura, mucho más profusamente en la primera, hasta tal punto que se ha considerado a los olmecas como los mejores escultores de la América antigua, y hay razones para tal aserto Escultores tanto de figuras monumentales, en grandes bloques pétreos de basalto y andesita, o de pequeñas hachas y figurillas labradas en jade y otras piedras finas, revelan una maestría incomparable, un dominio absoluto de la técnica, propio de especialistas a tiempo completo, trabajando por encargo de los linajes dirigentes.

Tal vez el grupo de obras más llamativo del mundo oncea sea el monumental y, de hecho, la existencia de esta escultura con su aparición prácticamente restringida, a lo que se considera el área metropolitana, es uno de los rasgos indicadores de la existencia de la *civilización* olmeca.

Estos monumentos se manifiestan de varias formas, siendo tal vez la más famosa las *cabezas colosales*. Se conocen quince, ocho de San Lorenzo, cuatro de La Venta y tres de Tres Zapotes o de sus alrededores. Siempre de grandes dimensiones, destaca la de Cobatá, de 3,4 metros de altura, 3 de diámetro, una masa de unos 25 metros cúbicos y un peso calculado en torno a las 65 toneladas.

Todas presentan un aire común. Parecen ser representaciones de individuos de sexo masculino, con una característica nariz ancha y poco saliente y labios gruesos de comisuras caídas. Se cubren con una especie de casco redondo con orejeras, decorados con una serie de motivos de probable carácter simbólico. El tratamiento plástico parece conducido a producir los menores salientes posibles para constreñirse al volumen pétreo, a medio camino entre la esfera y el cubo.

Las cabezas de La Venta, Tres Zapotes y Cobatá están realizadas en basalto procedente de los macizos de los Tuxtlas. Las de San Lorenzo son de andesita de la cadena de Ciutepec. Aunque solamente dispusiéramos de estas cabezas como manifestaciones de la cultura olmeca, es evidente que detrás de su acarreo y talla se encuentra una poderosa organización capaz de movilizar de los 1.000 a 2.000 hombres necesarios para mover cada bloque y transportarlo con ayuda de rodillos y por vías fluviales.

Debieron tallarse una vez colocadas en su lugar, siendo su visión la frontal, ya que están concebidas para adosarse a algún tipo de construcción. No se ha encontrado ninguna en su sitio: todas fueron violentamente desplazadas, precipitadas por barrancos o incluso enterradas.

Se denominan *altares* no por su función, sino por su forma general. Se trata de

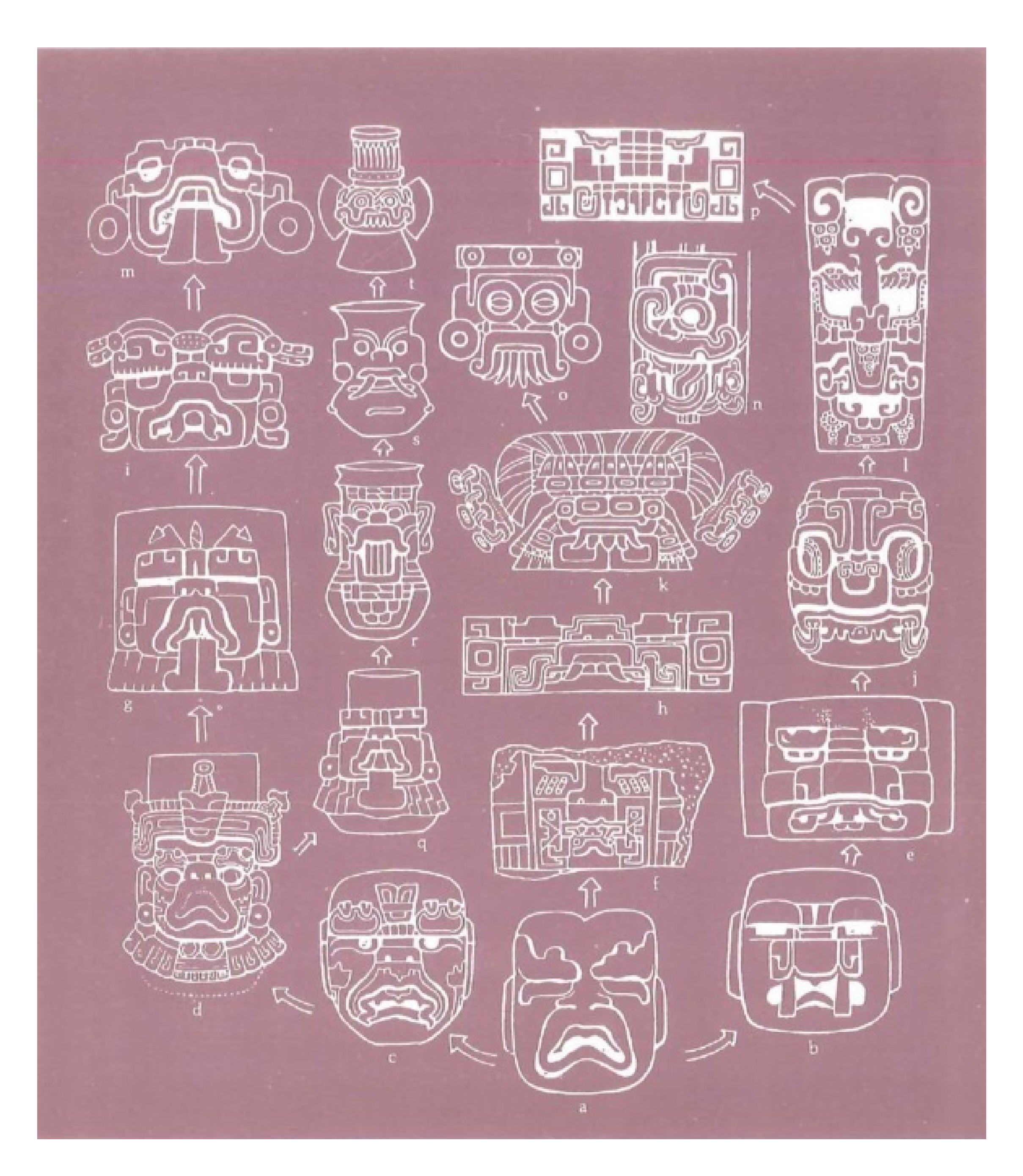
composiciones iconográficas sobre bloques de piedra de forma general paralelepipédica, en uno de cuyos lados aparece un nicho del que emerge una figura antropomorfa. Otras figuras de carácter igualmente antropomorfo se distribuyen alrededor del *altar*, el cual además está cubierto de motivos finamente grabados.

Contrasta llamativamente el juego de relieves, con figuras casi en bullo redondo, como las del personaje emergente, pasando por el bajorrelieve de las figuras secundarias, hasta el grado del bloque del altar. Estos altares se han encontrado siempre muy dañados, habiendo sido objeto de mutilaciones y grandes roturas intencionales.

Las estelas son grandes bloques de piedra sin tallar, con una cara labrada en bajorrelieve, donde aparecen personajes ricamente ataviados, componiendo escenas en algún caso. Han sufrido también graves daños y muchos personajes se encuentran decapitados

Las *estatuas en bulto* redondo son de grandes dimensiones y representan personajes tanto de carácter antropomorfo como fantástico. Generalmente en postura acuclillada, poseen una gran fuerza expresiva, maestría plástica, un tratamiento sobrio de las masas y una composición que frecuentemente tiende a la frontalidad. Los rasgos fantásticos se concentran generalmente en la cara, con lineas paralelas en vez de ojos y un grueso labio superior vuelto hacia arriba que permite ver dos grandes colmillos bifurcados en su extremo y en algunos casos en manos y pies, que se transforman en garras.

Otras son imágenes de tipo infantil con ojos almendrados y boca gruñidora y desdentada. Algunas son de carácter exclusivamente antropomorfo y destacan dos composiciones escultóricas, el monumento 20 de Potrero Nuevo y el 1 de Río Chiquito que, pese a su avanzado estado de destrucción, se han identificado como la representación de la unión sexual de un jaguar con una mujer.



Desarrollo de la iconografía de los dioses de la lluvia mesoamericanos a partir de la máscara del hombre-jaguar olmeca, según Miguel Covarrubias.

Además de la escultura monumental se encuentran también toda una serie de escultores de piedra de menores dimensiones: por ejemplo, las de jugadores de pelota, como la del famoso *Luchador* de Uxpanapa. Contrastan fuertemente por su movilidad y su visión múltiple, opuestas a la rigidez de la escultura monumental. Destaca, como una de las obras maestras del arte olmeca, la figura de Las Limas, en forma de un personaje humano que sostiene entre sus brazos a un *niño-jaguar*. Los motivos grabados en esta figura se han utilizado como una llave para la interpretación de la iconografía olmeca.

Tallas en roca, de estilo claramente olmeca, se han encontrado dentro de una muy amplia zona de dispersión, como Chalcatzingo, en el Estado de Morelos, San Isidro Piedra Parada en los altos de Guatemala, Pijijiapan, en la entrada de la llanura costera

guatemalteca o Chalchuapa en El Salvador. Sus temas son frecuentemente escenas de carácter narrativo y muchas veces de signo militar.

Se han hallado también murales pintados, como los de la cueva de Oxtotitlán en Juxtlahuaca (Guerrero), pinturas generalmente en cuevas de claro significado ritual.

Además de grandes escultores, los olmecas fueron también magníficos lapidarios. Labraron hachas de jadeíta, venturina, basalto, caliza, diorita y serpentina. Denominadas así por su forma genérica, algunas son simples placas rectanguloides sin labrar, pero finamente pulidas; otras llevan diseños incisos, generalmente relacionados con la cara del *jaguar*, con el cráneo hendido, cejas flamígeras, boca de comisuras caídas y colmillos grandes o incluso sin ellos: unas cuantas tallan su cabeza de forma más próxima a una verdadera escultura, pero siguiendo con los motivos característicos del jaguar. Algunas de hasta 30 cm de longitud, las hachas constituyen uno de los motivos favoritos de las ofrendas en las principales ciudades olmecas.

Hay también figurillas y estatuillas de jade, jadeíta, serpentina, esteatita, hematita y basalto. Casi todas representan personajes de pie, con las piernas ligeramente separadas, grandes cabezas desproporcionadas y generalmente deformadas y mostrando la mayoría rasgos mezclados de lo que se ha dado en llamar el hombre-jaguar.

Resaltan por la perfección de su trabajo las *máscaras*, a veces simplemente caras, en una gran variedad de materiales. Con sus rasgos felinos, son uno de los máximos exponentes del arte lapidario olmeca.

El jade era el material favorito para estas pequeñas obras de arte y probablemente se obtenía del valle del Balsas, en Guerrero; del valle del río Motagua en Guatemala y de otras fuentes aún no conocidas. De color variable, el más preciado era el verde manzana, pero se encuentran también ejemplares blanquecinos y hasta azul oscuro.

También se trabajó la cerámica con su inconfundible estilo. Hay vasos escultóricos, vasos cilíndricos, platos de fondo plano y ollas globulares de cuello recto. Estos vasos se decoran con motivos fácilmente reconocibles como olmecas, incisos o raspados, sobre superficies que contrastan las zonas pulidas y toscas y otras frotadas con pintura roja.

Interesantes son las figurillas, de gran variedad, unas macizas y modeladas a mano dentro de una técnica puramente formativa, o las mucho más características, huecas, de arcilla blanca, cuyos rasgos faciales muestran la típica cara del *niño-jaguar* o *Baby-Face*, como generalmente se las conoce.

Toda esta sorprendente variedad de manifestaciones artísticas, que no se limitan al área metropolitana, sino que, sobre todo en lo que se refiere a los murales y a los pequeños ejemplares de arte mobiliar, se encuentran en un amplio ámbito de expansión mesoamericana, presenta rasgos comunes plasmados en un estilo poderoso y uniforme.

Tal vez lo que mejor define el estilo olmeca es la representación de la boca, común tanto en figuras antropomorfas como en las de carácter fantástico, grande y de forma trapezoidal, con las~ comisuras caídas y un grueso labio superior vuelto hacia arriba que proporciona un aspecto gruñidor. Esta boca puede ir armada, además, de poderosos colmillos.

La representación fundamental del arte olmeca, los seres humanos, son generalmente de sexo masculino, de característico aspecto *gordinflón*, cabezas alargadas artificialmente en forma de pera, mandíbulas fuertes y barbillas prominentes, cuello poderoso, brazos y piernas cortos y bien formados y manos y pies pequeños. Los rasgos faciales se completan con ojos almendrados o formados por estrechas hendiduras.

Los personajes suelen estar desnudos y desprovistos de órganos sexuales o vestidos con un simple taparrabos. Su postura favorita es de pie o sentados a la manera oriental y como adorno principal destaca el tocado de múltiples formas. El aspecto general es una muy característica suavidad o blandura, definidora del estilo olmeca.

Para Miguel Covarrubias, este peculiar tipo físico descrito se encuentra aún hoy en México, predominantemente entre ciertos grupos del sur del país, como mazatecos y zinantecos.

Se encuentran también representados seres que para algunos estudiosos son claramente patológicos. Se trata de tipos eunucoides, de fuertes caracteres *felinos*, con expresión infantil, o enanos de vientres inflados y cabezas desmesuradas con una marcada hendidura craneal.

La aparición de estos rasgos *felinos* se ha explicado, por un lado, como la representación de un ser imaginario, el hombre o *niño-jaguar*, resultado de la unión ancestral y mítica de un jaguar y una mujer, tal como se muestra en los monumentos de Río Chiquito y Potrero Nuevo. De esa unión nacería el linaje de los olmecas.



Cabeza colosal de La Venta.



Cabeza de jade (izquierda, Museo de Antropología, México). Figurilla olmeca de jade (centro). Escultura conocida como el Luchador, hallada en Santa María Uxpanaga, Veracruz (derecha).

Ahora bien, la aparición de tales rasgos se ha atribuido también a la existencia real de seres con tales características. Michael Coe las explica como una anomalía genética que se encuentra a veces en poblaciones estrechamente emparentadas, la *spina bífida,* que produce usualmente abortos de cabeza hendida y expresión característicamente gruñona. Si esa anomalía genética apareció entre las poblaciones olmecas, tal vez pudo interpretarse como el resultado de esa unión mítica ya mencionada. Para Covarrubias, este tipo podría ser el resultado de una enfermedad

glandular, la *dystrophia adiposo-genitalis* o síndrome de Frohlich, anormalidad del crecimiento debido a disturbios endocrinos de la pituitaria o de la hipófisis, que produce un tipo peculiar de obesidad y de eunuquismo, con atrofia de los órganos sexuales y la distorsión de los rasgos característicos del estilo olmeca.

Además del tipo físico generalizado hay también otra serie de elementos definidores del estilo olmeca, sobre todo patentes en el arte menos naturalista. Son, por ejemplo, los diversos motivos en forma de colmillos, las cejas flamígeras, el motivo escalonado, los ojos en forma de L o U muy extendida, el motivo de la garra-ala-mano, muy frecuente en la cerámica, o el aspa o cruz de San Andrés, que aparece frecuentemente como un ojo en una serie de representaciones de carácter fantástico.



Figurilla olmeca realizada en jade (Dumbarton Oaks, Washington).

Generalmente se consideran dos tendencias principales dentro de las

manifestaciones artísticas olmecas. Un tipo de arte que se puede denominar, en principio y con reservas, *profano*, de estilo más bien naturalista y cuyo tema central es el ser humano, y otro tipo de arte más estilizado, considerado ideográfico por algunos investigadores, más bien de carácter *religioso*, y cuyo tema central, también con reservas, parece ser el del gran felino, el jaguar.

Los dos tipos de arte pueden aparecer en el mismo monumento, pero por necesidades de comprensión es preferible analizarlos en principio independientemente.

El arte retratístico

El arte *profano* se encuentra fundamentalmente en la escultura monumental. Es llamado también verístico, ya que parece intentar crear una apariencia naturalista y, más recientemente, retratístico, ya que se considera que la gran mayoría de los seres humanos representados de esta forma son retratos, en un sentido amplio.

Este arte retratístico se despliega sobre todo en las cabezas colosales, en las figuras antropomorfas de los *altares*, en los personajes de las mismas características en esculturas en bulto redondo y en estelas.

La interpretación de este tipo de arte viene ayudada por la particularidad de que prácticamente todas las esculturas de carácter retratístico han sufrido algún tipo de mutilación, ya sea en forma de decapitación de los personajes, roturas varias, tachaduras, acanaladuras, picoteaduras o rectángulos profundamente grabados. Las roturas son de carácter intencional, siendo los monumentos más grandes los más dañados, algunos de tal manera que resultan casi irreconocibles.

Se ha sentido la tentación de atribuir la existencia de tales *desmanes* a una especie de revuelta iconoclasta, de campesinos cansados del dominio olmeca, revuelta que habría contribuido a la caída de dicha civilización. Sin embargo, aunque lo mismo que los monumentos sus mutilaciones no han podido ser fechadas con seguridad, es evidente que no se hicieron a la vez, en un momento concreto, sino en el transcurso de un largo período de tiempo, tanto como el que duró la talla y erección de esos monumentos.

Los monumentos religiosos aparecen prácticamente sin daños y en los monumentos retratísticos éstos se concentran fundamentalmente en la cabeza y la cara. Las estatuas fueron decapitadas y las cabezas se trasladaron a otros lugares.

De lo dicho se desprende que es el significado de esas representaciones la causa de su periódica destrucción.

En efecto, parece cada vez más seguro que la escultura monumental olmeca de carácter naturalista tiene que ver con *retratos* de los jefes principales. Los grandes jefes de los principales centros olmecas aparecerían representados en esas cabezas colosales, en las figuras emergentes de los nichos de los *altares*, en los bajorrelieves

de esos mismos elementos, en las estelas y en otras esculturas en bulto redondo. Sabemos incluso que portaban símbolos identificadores a manera de nombres y que el tocado es el que servia como elemento fundamental de identificación —en el tocado es donde se han concentrado la mayor parte de las mutilaciones,

¿Por qué se destruían periódicamente esos monumentos? La hipótesis más probable es que la mutilación tenía lugar a la muerte del señor de la ciudad, destrucción que se debía al intento de neutralizar el poder sobrenatural emanado de esos monumentos considerados como legitimadores y sobre todo *reponedores* del poder real.

A su muerte, los *altares*, pero también todos los monumentos depositarios de ese poder, debían ser neutralizados para evitar que dicho poder, ya sin control, causara efectos perjudiciales.

Podemos entender entonces una buena parte del arte olmeca como legitimador del poder real, pero vemos que esta idea de poder se entremezcla con otras de carácter religioso que se plasman también en otro tipo de manifestaciones artísticas.

El arte religioso

Tradicionalmente y desde los primeros momentos del estudio del arte olmeca se ha puesto de relieve la importancia del jaguar como tema central de la iconografía olmeca y, por tanto, como elemento primordial dentro del mundo de las creencias olmecas. Existen una serie de rasgos determinantes del estilo relacionados con el gran felino: boca trapezoidal de comisuras caídas, grueso labio superior muy frecuentemente con poderosos caninos, cejas flamígeras, cráneo hendido… Incluso la mayoría de las representaciones antropomorfas presentan esa característica boca *olmeca* que les da un aspecto feroz o un tanto gruñidor.

Esa constante felina en el arte olmeca se ha visto además reforzada por la interpretación procedente de Matthew Stirling de 1955, que vio en los monumentos ya citados de Potrero Nuevo y Río Chiquito la representación de la unión sexual del jaguar y una mujer, unión de la que nacería ese ser medio humano y medio felino, tema central de la escultura olmeca.



Pintura de un hombre y un jaguar. En ella se sugiere la idea de la unión sexual entre el hombre y el jaguar (cueva de Oxtotitlán, Guerrero).



Pintura de un rostro con más cara de serpiente (cueva de Oxtotitlan, Guerrero).



Figurilla procedentede Atlihuayán, Morelos).

La importancia de un *dios jaguar* parece también evidente a la luz de una serie de hallazgos realizados en La Venta y tal vez en San Lorenzo.

En La Venta y enterradas en la zona del Juego de Pelota se han encontrado tres gigantescas máscaras hechas de mosaico de placas de serpentina y diorita. Las máscaras parecían enterradas ritualmente debajo de dos metros de adobes y una ofrenda formada por hachas pulidas de serpentina verde colocadas en forma de cruz. El mosaico, empotrado en capas de tierras coloreadas, descansaba sobre una serie de pavimientos de piedras irregulares. Estas máscaras de carácter geométrico y de forma

general rectangular muestran una especie de gran boca alargada, una arista nasal que separa cuatro elementos identificados como ojos y están rematadas por cuatro elementos romboidales coronados con formas de plumas. Estas representaciones se han identificado, en general, como estilizaciones de la faz en un jaguar.

Por un lado, una de las más importantes aglomeraciones urbanas, San Lorenzo, está construida sobre una gran plataforma artificial que se levanta una decena de metros por encima del nivel de la llanura circundante. Su trazado, rigurosamente reglamentado y ordenado, la disposición de las principales lagunas y de los montículos ha sido interpretado por algún investigador como la imagen de una inmensa máscara de jaguar estilizado, análoga en su parte central a las de los mosaicos del Juego de Pelota de La Venta, aunque de dimensiones enormes.

Este *dios jaguar* ha sido identificado como el dios de la lluvia que se conoce en tiempos pos-clásicos o al menos como un antecesor del mismo. Covarrubias construyó un esquema de la evolución de la iconografía de la máscara del jaguar hasta diversos dioses de la lluvia, como el Chaac maya, el Tajin veracruzano, el Tlaloc del Altiplano central mexicano o el Cocijo de Oaxaca. Se han relacionado además con esta supuesta primitiva deidad de la lluvia las figuras de hombres-jaguar, servidores del dios principal a la manera de los tlaloques tardíos o servidores del dios de la lluvia. Las ofrendas de pequeños niños-jaguar a cargo de adultos, tal como vemos en el altar 5 de La Venta, representarían sacrificios de niños a la divinidad, costumbre documentada posteriormente en época azteca.

El elemento felino ha sido identificado también con el dios posclásico mexicano Tezcatlipoca, como expresión simbólica del dominio del linaje real olmeca, concepto que se remonta probablemente hasta un temprano lazo entre jaguares y shamanes, asociación común en el ámbito indígena americano. Hacia 1200 a. C., tras una etapa de importancia y predominio del shaman-jaguar, la sociedad se estratifica, una dinastía real toma el poder y los dioses se institucionalizan asociándose en éste caso con quien tiene el poder, no ya el shaman, sino el rey.

Otros autores como Peter T. Furst consideran que la representación del jaguar se refiere más bien a la de un sapo antropomórficamente concebido con rasgos de felino. Características del anfibio serían la boca desdentada, los *colmillos* bifurcados, interpretados en este caso como lenguas bífidas y, sobre todo, la famosa hendidura craneal que ha sido objeto de numerosas hipótesis.

La representación de este sapo-jaguar se identifica con el más temprano ancestro reconocible de Tlaltecuhtli, el monstruo de la tierra, en el sentido de la diosa mesoamericana fundamental, la Madre Tierra. La hendidura craneal en forma de V sería, junto con el ubicuo elemento en forma de U, un símbolo femenino, una especie de pasaje vaginal cósmico, a través del cual emergen del inframundo las plantas o los ancestros. Para confirmar esta idea existen muchas representaciones en códices tardíos, jaguar, o sapo-jaguar, antecesor de Tlaloc, Tezcatlipoca o Tlaltecuhtli, lo cierto es que en todas las interpretaciones se mantiene la idea del origen sobrenatural

del linaje real y de las divinidades como legitimadoras del poder de los jefes.

Otras interpretaciones van aún más allá, y lejos de esa consideración tradicional de los olmecas como el *pueblo del jaguar* se tiende ya a considerar los rasgos de este animal como un elemento más dentro de una compleja iconografía que incluye rasgos de diferentes animales y que posee una significación compleja.

Michael D. Coe elaboró en 1968 una tesis que ha sido luego corroborada y corregida por Peter D. Joralemon, en 1971, y que nos remite a la existencia de una pluralidad de dioses olmecas, todos ellos antecedentes de dioses mesoamericanos reconocibles en culturas tardías, lo cual parece perfectamente factible dentro de esa consideración generalizada de la cultura olmeca como una cultura *madre*.

Dentro de esta hipótesis de una pluralidad de dioses existe una figura clave, la famosa escultura o monumento de Las Limas, representación de un ser antropomorfo con el característico niño-jaguar en los brazos. El personaje lleva grabados en su barbilla, hombros, rodillas y en la figura del niño, seis representaciones que se han identificado como los prototipos de las deidades mesoamericanas.

Joralemon opina que la religión olmeca se basó en la adoración de seis dioses, los grabados en la figura de Las Limas, divinidades que agrupa en tres pares fonográficos, dioses I y III, dioses II y IV y dioses VI y VIII.

El miembro más importante de ese panteón, una de las bestias mitológicas que reúne muchos de los rasgos descritos, era el dios I, el monstruo-dragón o dragón olmeca, antes reconocido como el jaguar y que es indudable participa de características del mismo. Su imagen aparece desde los comienzos de la civilización olmeca y se reconoce tanto en obras monumentales como en pequeñas figuras de piedra, cerámica o pintura.

El dragón presenta atributos de caimán, águila, jaguar, humano y serpiente (¿sapo?). Se asocia con la tierra, el agua y la fertilidad de los campos. Su boca, abierta, simbolizada como una caverna, es la entrada al inframundo, a la tierra. El monstruo-dragón era el protector y el legitimador del poder de los señores olmecas.

El dios III está estrechamente relacionado con el dragón. Se trata también de un monstruo, fundamentalmente en este caso de un monstruo-ave con fuertes características de águila arpía. Sus asociaciones primarias son con los cielos, y sus cejas flamígeras y atributos de águila lo relacionan con el sol y el fuego celestial.



Personaje saliendo de un altar en forma de cabeza de jaguar (La Venta).

Tan antiguo en su representación como el de dios I, se le ha asociado también con el éxtasis producido por sustancias psicotrópicas: En una figura han aparecido formas de plantas identificadas como *datura*, de fuerte carácter alucinógeno, decorando las plumas de su esclavina: las imágenes del dios se tallan con frecuencia sobre objetos de jade que por su forma de cucharas se han reconocido como posibles receptáculos para el rapé alucinógeno.

Las restantes divinidades del panteón olmeca tienen que ver fundamentalmente con la vegetación, con las prácticas agrícolas, con la lluvia y fertilidad…

Aunque a simple vista pueda aparecer como algo complejo, este cúmulo de teorías sobre el pensamiento y la religión de los olmecas y su consiguiente plasmación en el arte, existen en realidad una serie de ideas fundamentales.



Hacha ceremonial hallada en La Venta (izquierda). Altar 5 del parque de La Venta (derecha, arriba). Monumento 19 de La Venta que representa a un sacerdote protegido por una serpiente mítica (abajo).

La religión olmeca aparece como politeísta, marcada por una pluralidad de dioses que, sea cual sea su identificación, representan antecedentes de los tardíos dioses mesoamericanos. Estos dioses y estas creencias tienen que ver fundamentalmente con la agricultura y con los elementos íntimamente relacionados con ella: la tierra, el agua, el sol, los volcanes, el cielo, la vegetación, la fertilidad. Pero es también una religión dinástica cuyos dioses se encuentran en Íntima relación con los señores que toman del inframundo sus poderes sobrenaturales y que en última instancia descienden de esos mismos dioses.

El arte olmeca aparece, pues, como esencialmente religioso. Religoso porque representa a sus dioses por doquier, pero religioso también porque esos símbolos se mezclan con los retratos de sus dirigentes para legitimarlos y afirmar su poder sobrenatural.

En este sentido, recordemos que el arte monumental donde aparecen los retratos de los señores se circunscribe sobre todo al área metropolitana, donde su dominio sobrenatural era efectivamente reconocido, monumentos que eran periódicamente destruidos a la muerte del señor.

Fuera del área metropolitana, pero en zonas de dominio olmeca, predominan las tallas en roca y las pinturas murales. Aquí son frecuentes los temas militares, tal vez como intento de legitimar un dominio que era puesto en duda. Pero también aparecen murales de tipo ritual y multitud de ejemplares de arte mobiliar de tema religioso.

La religión, las creencias y su representación plástica eran exportadas fuera del área metropolitana, aparentemente como un intento *evangelizador*, tomado en el sentido de legitimación cíe un dominio olmeca en un sentido amplio, no tanto con la idea de imbuir unas creencias, sino más bien con la intención de hacer reconocibles o al menos familiares unos símbolos que eran la base del poder y del dominio de una cultura.



Monumento 1 de Río Chiquito, Veracruz (arriba, izquierda y derecha). Monumento 3 de Potrero Nuevo, Veracruz (abajo, izquierda y derecha). Ambos se interpretan como la unión sexual entre un jaguar y una mujer.

Los expansión olmeca

La conquista romana de Hispania (210-154 a. de C.).

Por Andrés Ciudad Ruiz
Profesor de Arqueología Americana
Universidad Complutense de Madrid

LA naturaleza de las relaciones del pueblo olmeca con las culturas mesoamericanas contemporáneas es una cuestión sometida a debate desde que se conoce su existencia. Seguramente esto se debe a que la cultura olmeca, cuyas manifestaciones artísticas son conocidas desde los inicios del presente siglo, no ha sido analizada con detalle sino a partir de la década de los cincuenta. Si a ello añadimos que estamos tratando con una época muy temprana del desarrollo cultural de Mesoamérica, y que nuestra comprensión general del área —pero sobre todo de la zona olmeca— es aún escasa, podremos concluir que sólo conocemos de manera parcial la problemática estudiada en las páginas siguientes.



Huehueteotl, dios del fuego (cerámica olmeca del Cerro de las Mesas, Veracruz).

En la literatura arqueológica se conoce con el término de *zona nuclear* o

metropolitana un área aproximada de 18.000 kilómetros cuadrados que limita al norte con la Costa del Golfo, al oeste-suroeste con las montañas Tuxtlas y al este con las tierras bajas, incluyendo zonas de los estados de Tabasco y Veracruz. Desde un punto de vista cronológico el área está poblada al menos desde el 1500 a. C. y desarrolla tres amplias fases que, en términos amplios, se corresponden con las tres etapas formativas establecidas en la arqueología mesoamericana: Olmeca I (1200-900 a. C.), Olmeca II (900-400 a. C.) y Olmeca III (400 a. C. a 100 d. C.).

En lo que se refiere a su evolución cultural, los olmecas han sido catalogados como el desarrollo civilizador más temprano de Mesoamérica, el cual para el 1200 a. C. dispone ya de una reducida pero poderosa élite hereditaria con considerable autoridad sobre un amplio segmento de población campesina, así como también sobre artistas, artesanos y mercaderes. Esta élite ocupó varios centros mayores en los que se concentró la actividad ceremonial, comercial y política: San Lorenzo, Laguna de los Cerros, La Venta y Tres Zapotes levantaron grandes plataformas de tierra, algunas de las cuales sustentaron edificios de carácter perecedero.



Escultura de Las Limas, Veracruz (arriba).

El poder de este grupo gobernante se basó en sanciones sobrenaturales y en el control de la riqueza mediante la redistribución de excedentes económicos locales y de productos exóticos. El medio ambiente en que se emplazó esta zona metropolitana no disponía de las materias primas necesitadas por dichos gobernantes, por lo que tales artículos tuvieron que ser importados, incluyendo basalto de las cercanas montañas Tuxtlas, obsidiana, jade, materiales ferruginosos, etcétera, Muchos de estos

productos fueron tallados en un distintivo estilo artístico según los símbolos del grupo dirigente y sus patrones sobrenaturales y, a su vez, fueron exportados y, en la mayoría de los casos, emulados en amplias regiones mesoamericanas.

Este flujo de bienes exóticos y productos del interior se inició en Olmeca I, caracterizado por la ocupación de San Lorenzo, y culminó en Olmeca II, definido por la caída del centro anterior y el apogeo de La Venta, traspasando ampliamente la zona nuclear, Por último, la posición calendárica de la estela C de Tres Zapotes manifiesta que el sitio estuvo ocupado después del abandono de San Lorenzo y La Venta, alcanzando su más compleja evolución durante el Formativo Tardío.



Estela 22 de Izapa, Guatemala.

La gran demanda de materias primas y bienes exóticos hizo que los Olmecas potenciaran el funcionamiento de una gran red comercial que alcanzó 2.500 kilómetros de extensión desde el centro de México hasta Costa Rica. En un área tan amplia, la naturaleza de la interacción olmeca fue muy variable, incluyendo desde trabajos exclusivamente olmecas, objetos que emularon su estilo, escultura monumental en rocas y pinturas en cuevas que manifiestan la presencia de artesanos,

mercaderes y, tal vez, administradores y sacerdotes de la Costa del Golfo. En una región más limitada, dicha interacción afectó a cinco amplias zonas de manera más profunda: el altiplano central mexicano, el valle central de Oaxaca, las tierras altas de Chiapas, la llanura costera del Pacífico y las tierras bajas mayas.

La cuenca de México

En la cuenca de México se enclavan varios sitios que manifiestan relaciones con el área metropolitana. El más cercano a ella es Tlapacoya, situado en la entrada sureste de la cuenca, donde se encontraron cerámicas decoradas y figurillas huecas de engobe blanco similares a las manufacturadas por los olmecas.

Dzibilchaltún
Mayapán
Tlatilco
Tlapacoya
Gualpita
Iglesia Vieja
Chalcatzingo
Las Bocas
San Miguel Amuco
Mezcala
Oxtotitlan
Juxtlahuaca
San José Mogote
AREA METROPOLITANA
Tres Zapotes
Laguna de los Cerros
La Venta
San Lorenzo
Potrero Nuevo
San Isidro
Xoc
Uaxactún
Tikal
Piedra Parada
Mirador
Tonalá
Tzutzuculi
Pijijiapán
Izapa
Abaj
Copán
Los Naranjos
El Baul
Kaminaljuyú
Takalik
Monte Alto
Chalchuapa
Las Victorias
Quelepa
LA EXPANSION OLMECA EN MESOAMERICA

Mapa que refleja la expansión de la cultura olmeca a través de toda Mesoamérica (arriba). Cabeza colosal de La Democracia, Guatemala, (abajo).

En el lado opuesto de la cuenca, al noroeste de la ciudad de México y hoy completamente cubierto por ella, se localiza otro poblado agrícola contemporáneo, Tlatilco. En él se descubrieron ricos enterramientos que abarcan una secuencia desde el 1500 a. C. En algunos de ellos son frecuentes las figurillas huecas de engobe blanco y cuencos con diseños grabados de garras de jaguar rellenos con pintura roja y engobe negro, que son réplicas de las encontradas en San Lorenzo y La Venta.

Si Tlapacoya es la entrada lógica a la cuenca desde la Costa del Golfo, Tlatilco se emplaza en la salida oeste, conectando con el valle de Toluca. Coe interpreta que ambos asentamientos son avanzadas en la ruta de acceso a Toluca con el fin de obtener jade en el oeste del valle.

En definitiva, la interacción olmeca con yacimientos de la cuenca de México parece haberse iniciado a finales del Formativo Temprano, limitándose a formas y decoraciones en la cerámica y a las figurillas huecas, pero aún no aparecen grabados en piedra monumental o relieves. Presumiblemente, estas conexiones derivan de contactos comerciales con poblaciones emplazadas en lugares estratégicos con respecto a fuentes de materias primas o productos escasos.

Esos asentamientos llevaban un sistema de vida agrícola aldeana y, aunque recibieron diferentes instrumentos cargados de iconografía y simbolismo olmeca, es difícil que llegaran a ser colonizados por éstos, ni siquiera con la intención de asegurar los intercambios necesitados por la élite teocrática. Más bien parece que la influencia fue superficial y limitada a dichos enclaves.

Similar localización estratégica en lo que a control y cercanía se refiere ofrecen dos asentamientos situados en el sur de la cuenca de México, que posiblemente se fundaron con la intención de asegurar diferentes rutas que atraviesan la región. Las Bocas está colocado en una posición defensiva a la entrada este de la llanura de Morelos, en una vía obligatoria hacia el drenaje del Balsas: Chalcatzingo se sitúa en su salida oeste.

El desarrollo de Las Bocas es muy local, pero está acompañado por un complejo de enterramientos similar al de Tlatilco en su etapa más temprana, conteniendo artículos de filiación olmeca como figuras huecas de cara de niño, cerámica negra de borde blanco, cuencos con pitorro y cerámica negra excisa con motivos de garra de jaguar. San Pablo Panteón y La Juana, sobre el río Cuautla son otros sitios de Morelos que manifiestan tales rasgos: sin embargo, todos ellos presentan claros paralelismos con la situación de tradición local existente en la cuenca de México.

El sitio olmeca más importante de la cuenca es Chalcatzingo, emplazado en la salida oeste del paso de Morelos, y que se caracteriza por sus vistosos relieves grabados sobre depósitos volcánicos. Fundado durante el Formativo Temprano, alcanza su máximo esplendor durante la fase La Venta en el Formativo Medio, momento en que parecen haberse realizado los mencionados bajorrelieves.

En dichos grabados hay motivos relacionados con la agricultura, la fertilidad y la lluvia, aunque no faltan escenas que manifiestan cierto grado de militarismo: figuras

humanas, rollos, volutas, llamas, etcétera.

Todos estos datos, junto con los procedentes de excavaciones de enterramientos de alto estatus, sugieren que en este momento de máximo esplendor de La Venta llegaron al área gobernantes y gentes de élite olmecas. Es muy probable que fuesen ellos los encargados de transmitir el simbolismo de la Costa del Golfo a través de los mencionados relieves y esculturas, transformando el sitio de Chalcatzingo en un gran centro de peregrinaje que afectó a toda la zona del centro de México.

Por otra parte, su localización estratégica sugiere que pudo controlar tres importantes vías de tráfico: hacia el sur en dirección a Guerrero, al norte a la cuenca de México y al sureste hacia los centros olmecas metropolitanos de la Costa del Golfo, cuyos habitantes necesitaron productos básicos como obsidiana, espejos ferruginosos y arcilla caolín.

Tlatilco y otros sitios del centro de México tuvieron una afluencia mitigada de cerámica de inspiración olmeca, Chalcatzingo fue el principal lugar del altiplano que incluyó arte monumental, y Guerrero fue la región que no tuvo competencia en la producción de bienes portátiles tales como máscaras de piedra verde, figurillas, hachas, etcétera.

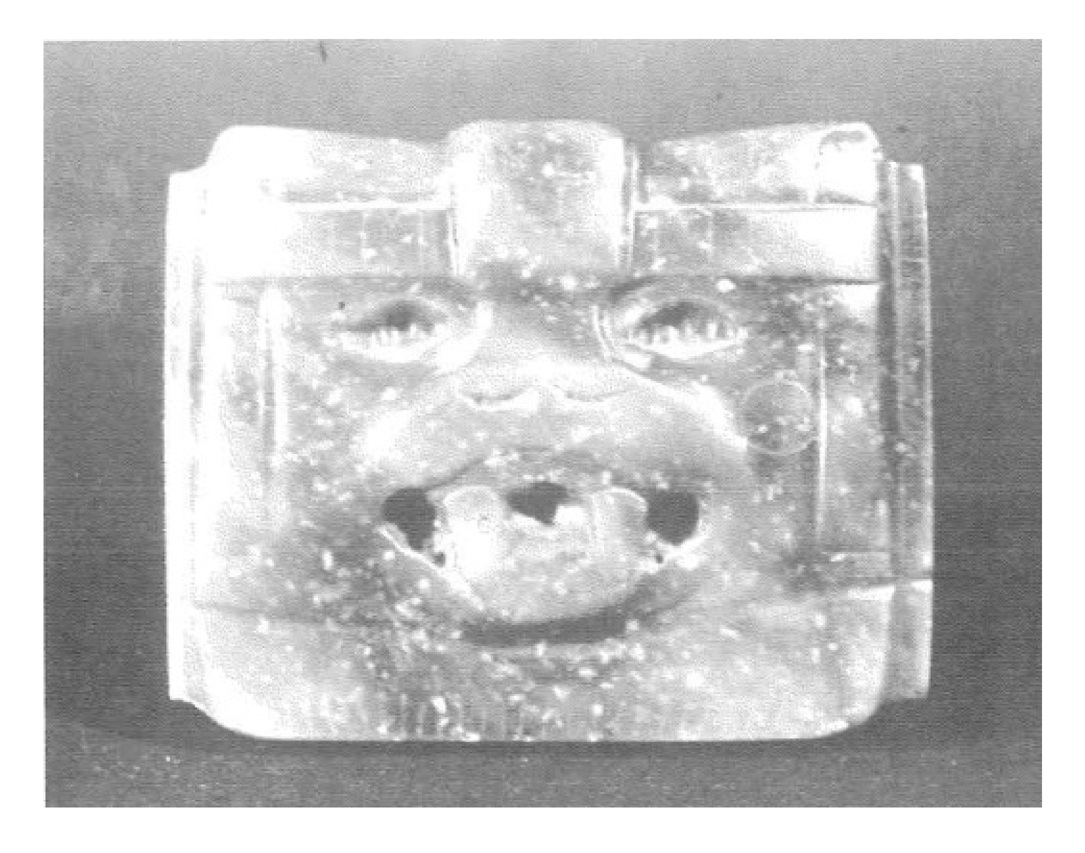


Figurillas huecas de barro de Tlatilco (izquierda).
Niño-jaguar procedente de Iguala, Morelos (derecha).

En este Estado se han descubierto dos cuevas con pinturas olmecas: una en Oxtotitkán, a 6 kilómetros de Chilpancingo, en cuyo interior está representada una figura humana sentada sobre un jaguar. Los ternas incluyen conceptos de agua o

fertilidad y, posiblemente, motivos mitológicos muy similares a los manifestados en los grabados de Chalcatzingo. Otra cueva es la de juxtlahuaca, que también contiene simbolismo y representaciones olmecas.

Guerrero es una región rica en objetos olmecas, pero éstos se hallan fuera de contexto tempo-espacial. El panorama general para estos momentos del Formativo Medio es el de pequeños asentamientos agrícolas con tradiciones locales muy arraigadas donde aparecen, de manera dispersa y escasa, objetos de filiación olmeca.



Pectoral de estilo olmeca.

Aunque no existen muchos datos que lo corroboren, Oxtotitán y Juxtlahuaca parecen haberse utilizado como santuarios locales, pero Guerrero debió formar parte de una amplia red comercial por la cual circularon algunos productos estratégicos como obsidiana y jade, que afectó a una amplia región que incluía la zona metropolitana. Esta misma vía permitió la adopción de patrones estilisticos olmecas característicos de la fase La Venta.

Oaxaca y Chiapas

Existe cierto paralelismo en lo que se refiere a la situación cultural entre las comunidades de la cuenca de México y algunas poblaciones de Oaxaca. La región había sido ocupada con anterioridad, pero durante la fase San José (1150-850 a. C.) se inicia una desigualdad social y política intra e intercomunitaria que no procede de la influencia directa del área metropolitana, sino de la propia evolución interna del

valle.

Recientemente, se ha sugerido que los motivos simbólicos olmecas aparecidos en San José Mogote estuvieron restringidos a un segmento de alto estatus asociado a dos grupos mayores de descendencia: los de *rasgos de jaguar* y los serpiente de fuego. Ambos grupos de descendencia ejercieron su poder de manera exclusiva, ocupando los primeros la zona sur de la comunidad y el área este y oeste los segundos.

Tal segmento de élite muy compleja ya ha desarrollado para esta fase una intensa actividad ritual en la que se integran artículos procedentes de la Costa del Golfo, tales como figurillas con expresiones faciales exageradas que representan personas viviendo experiencias religiosas, espinas de manta raya utilizadas en sacrificios de sangre, dientes de tiburón, trompetas de concha y tambores de caparazón de tortuga.

Estos objetos, junto con la aparición de diseños simbólicos como la Cruz de San Andrés, motivos en U, ojos flameantes y otros rasgos del repertorio olmeca, ponen de manifiesto la existencia de contactos con el área metropolitana.

Todos los datos sugieren que tales contactos fueron pacíficos: como acabo de mencionar, la complejidad sociocultural alcanzada por algunas comunidades del valle central de Oaxaca durante la fase San José fue ligeramente inferior a la desarrollada en la Costa del Golfo. De esta manera, cuando comerciantes de esta zona entablan relaciones con las élites dirigentes de Oaxaca para obtener determinados productos —espejos de ilmenita o magnetita, hematita y algunas cerámicas— lo hacen en un plano de igualdad, no llegando en ningún caso a controlar o colonizar la región.

La relación del área olmeca con Chiapas se establece prácticamente desde mediados del Formativo Temprano. Los ríos San Isidro y Grijalva fueron utilizados para el flujo de productos hacia y desde una de las regiones cuyo control ha sido más ambicionado a lo largo de toda la historia prehispánica de Mesoamérica: el Soconusco.

Sitios como Padre Piedra en el alto Grijalva o San Isidro, Mirador y Miramar en la Depresión Central y Oeste de Chiapas contienen complejos cerámicos que se corresponden con los materiales de la fase San Lorenzo.

En Mirador existía para esta época un pequeño poblado, cuyo sistema de vida combinó la agricultura con la confección de artitulos de hierro (limenita o magnetita) para su exportación a la Costa del Golfo. A su vez, los contactos de esta zona de la Depresión con yacimientos del Soconusco y de la llanura costera del Pacifico hizo posible que determinados artículos exóticos llegaran al área metropolitana: es de esta forma como mejor nos podemos explicar la utilización de obsidiana de El Chayal (Guatemala) desde tiempos muy tempranos.

También resulta probable que para finales del Formativo Temprano, hacia el año 1000 a. C., se conociera el cultivo del cacao en la cuenca media del Grijalva y que fuera objeto de atención por los ocupantes de la Costa del Golfo. La ruta abierta por los olmecas metropolitanos, que sirvió para introducir su influencia cultural y su estilo en cerámica y esculturas, fue la de la obsidiana, llegando a sitios tan alejados

como Pijijiapan, Batehón, Las Victorias o Chalcatzingo. Como es fácil suponer, en una extensión tan grande como la que estamos considerando, la influencia sólo pudo ser meramente superficial.

El Itsmo de Tehuantepec constituye una región natural de paso que conecta la Costa del Golfo con la llanura costera del Pacifico, vía que fue aprovechada desde el Formativo por las poblaciones que se asentaron en tales regiones para establecer una frecuente relación que, si bien con altibajos, va a trascender a la decadencia de los grandes centros olmecas.

Mientras ocurre este contexto, en el sur de Mesoamérica se origina un estilo escultórico que, iniciándose en cánones olmecas, desemboca en planteamientos exclusivos mayas. En este complejo y largo proceso están implicadas claras influencias, desarrollos regionales y préstamos mutuos de región a región.

Influencias en el Pacífico

El contacto con el área metropolitana llega a esta zona durante el esplendor de La Venta (900-400 a. C.), aunque algunas cerámicas obtenidas en el altiplano confirman una relación anterior. Sin embargo, durante Olmeca II el espléndido estilo escultórico originario de la Costa del Golfo, algunos de cuyos rasgos más sobresalientes no habían logrado salir de la zona metropolitana, comienza a distribuirse por Mesoamérica, en un momento que Bernal ha denominado *olmeca colonial*.

Los rasgos que más se distribuyen son bajorrelieves sobre paneles, losas de tipo estela con sus correspondientes altares y tallas en grandes rocas. Además, el estilo escultórico incorpora una amplia variedad de signos y símbolos, figuras humanas y animales, entre los que destacan pájaros y serpientes que, una vez en contacto con tradiciones locales, producirán variantes que enlacen los estilos izapense y maya con el olmeca.

Aquelbs relieves aparecidos en Chiapas se continúan en la bocacosta de Guatemala en grandes asentamientos como Abaj Takalik y se introducen en el altiplano guatemalteco en sitios como la Lagunita (Quiché) y San jerónimo (Baja Verapaz).

Al final del desarrollo de La Venta los relieves y esculturas producidos como consecuencia del contacto con culturas locales y la variedad regional muestran rasgos diferentes a los encontrados en etapas precedentes, no llegando a constituir un estilo unificado. Se inicia entonces un período que podríamos denominar Olmeca III, o también Posolmeca, en el que centros más sofisticados y más poderosos desde el punto de vista demográfico se disponen a alzarse con el poder en diversas regiones de Mesoamérica, aprovechando incluso el impulso de los propios olmecas, que fueron poco a poco desplazados.

Izapa es uno de tales desarrollos regionales que crea un estilo de transición entre

lo olmeca y lo maya, que para el Formativo Tardío había logrado una gran complejidad mediante la cual algunos rasgos suyos pasan a La Venta (volutas, rollos y una composición típica de los grabados). Asimismo, el propio estilo escultórico y motivos como la Cruz de San Andrés, elementos en U representando al jaguar, una deidad de labio largo que parece proceder de las figuras con rasgos de jaguar, escenas en el interior de la boca del jaguar o de la serpiente y rollos representando cielos o nubes, son rasgos propios de la Costa del Golfo que atraviesan el Itsmo de Tehuantepec en dirección al Soconusco.

Tales elementos se han incorporado de manera pausada, para después asumirlos e integrarlos dentro de su evolución regional. Desde aquí atravesaron la llanura costera del Pacifico y llegaron a sitios de las tierras altas de Guatemala y, fundamentalmente, a Kaminaljuyú.

Desde este punto de vista, tanto Rapa como Abaj Takalik, Kaminaljuyú y otros yacimientos de la bocacosta constituyen un precedente del arte maya, al cual van a pasar rasgos olmecas asumidos por estos centros que para finales del Formativo Tardío eran lo suficientemente complejos como para asumir el poder en el área sur de Mesoamérica, aunque sin formar una unidad estilística, política y cultural.

Tierras bajas mayas

Es evidente que los olmecas tuvieron una amplia, a la vez que desigual influencia sobre extensas regiones del centro y sur de Mesoamérica: sin embargo, las tierras bajas mayas permanecieron bastante al margen de dichos contactos.

Quizá se deba esto a la baja y dispersa población entonces existente en la zona, que solamente comenzó a nuclearse después de la caída de La Venta como centro principal del área metropolitana. Pero también su escasa relevancia a la hora de controlar productos estratégicos que no tenían los olmecas puede explicar esta situación.



Cabeza olmeca expuesta actualmente en el Parque de La Venta, Villahermosa.

Olmecas y mayas se asientan en un medio ambiente muy similar, disponiendo de semejantes estrategias y mercancías. Si admitimos el comercio de productos básicos y exóticos como causa fundamental de la expansión mesoamericana de los olmecas y que las tierras bajas mayas tienen prácticamente las mismas carencias, podremos explicarnos con más facilidad la ausencia de estas relaciones.

No obstante, sí hubo una participación en determinadas tradiciones originadas en Izapa. Esta participación ha sido recientemente resumida por Coe de la siguiente manera: a) énfasis sobre la personalidad y el poder de lideres individuales, que se

manifiesta en estelas y altares; b) una de las principales actividades de las élites fue la guerra y la captura de esclavos; c) ambas élites practicaron el juego de pelota: d) algunas deidades olmecas aparecen en el área maya, como el dios I, que combina rasgos de jaguar, hombre, cocodrilo y a veces rasgos de pez que recuerdan a Itzam Na: e) cierta parafernalia religiosa es común a ambas culturas, como los rituales de autosacrificio con espionas de mantaraya; f) el jade es un material comúnmente deseado: g) el uso de la barra ceremonial por parte de la élite, y h) algunos símbolos que después aparecen en la escritura maya.

Esta enumeración puede parecer amplia y desvirtuar la realidad de las relaciones mantenidas entre ambas culturas: sin embargo, hemos de tener en cuenta que muchos rasgos llegan a las tierras bajas filtrados por pueblos epiolmecas e izapenses a través de diferentes rutas: una atraviesa la llanura costera del Pacifico y el altiplano de Guatemala desde Izapa: otra aprovecha la cuenca del Grijalva para afectar a las tierras bajas de Chiapas, como lo manifiestan los relieves de Xoc: otra más que penetra por los ríos Usumacinta y San Pedro Mártir a partir del Formativo Medio y Tardío, llegando hasta Seibal —donde se ha encontrado una ofrenda de jades olmecas — y el Petén, en que existen rasgos de la Costa del Golfo en la pirámide E-VII-Sub de Uaxactún y la Estructura 5D-Sub de Tikal, decoradas con grandes mascarones de rasgos felínicos y serpentiformes, y una última vía de penetración que se orienta hacia el norte del Yucatán, posiblemente mediante una ruta marítima.

Naturaleza de la influencia olmeca en Mesoamérica

Esta cuestión se relaciona con el tipo de organización política en el área metropolitana y tal vez con el propio origen de la cultura olmeca. Las interpretaciones varían desde afirmar que el inicio de los olmecas se establece en el Estado de Guerrero (de hecho, recientemente se ha excavado un gran yacimiento que podríamos denominar olmeca en esta zona), como defiende Covarrubias, a las que confinan su origen en el área metropolitana.

Hay autores como Bernal, que defienden la existencia de un Imperio olmeca, y otros como Soustelle, que se inclinan por un Estado o una jefatura. Los datos de que disponemos en la actualidad sugieren que la zona nuclear tuvo una organización política de tipo *Estado primitivo*, con centros ceremoniales que actuaron con un elevado grado de autonomía.

Estas dos primeras interpretaciones a las que nos hemos referido han creado sendas corrientes diferentes acerca de la naturaleza de la expansión olmeca en Mesoamérica: a) aquellas que la considera como una *Cultura Madre* de los desarrollos que la sucedieron, tanto en las tierras bajas como en los altiplanos. En esta concepción está implícita la ocupación y colonización de amplias áreas de las regiones analizadas: b) aquella que estima la evolución interna de la complejidad

sociopolítica de algunas zonas —cuenca de México, valle de Morelos y valle central de Oaxaca— muy cercana a la que por aquel entonces habían alcanzado las comunidades de la Costa del Golfo. En este sentido, los desarrollos posteriores de los estados urbanos mesoamericanos son un fenómeno típico del altiplano, que tuvo muy poco que ver con los olmecas, sino más bien con la tradición formativa de las tierras altas.

La consideración de una u otra interpretación tiene obvias consecuencias para la aclaración del fenómeno que se pretende analizar. Hoy día, sin embargo, disponemos de suficientes datos para afirmar que los protagonistas de ese *Estado primitivo* desarrollaron una estrategia de cara al exterior en que las relaciones rituales y comerciales fueron más importantes que el control militar y político de las comunidades con quien les interesaba mantener contactos.

Así pues, ni Tlatilco, ni Tlapacoya, ni San José Mongote ni otros sitios de Chiapas fueron colonias olmecas, sino más bien poblaciones complejas que aceptaron ciertos artículos y símbolos olmecas que utilizaron para profundizar en su propio desarrollo cultural.

Este *Estado primitivo* se emplaza en una región que se caracteriza por la dramática carencia de materias primas, algunas de las cuales se necesitaron tanto como productos de élite como artículos de uso ritual y cotidiano. Tales materiales exóticos incluían jade y obsidiana de la cuenca de México, valle de Morelos y altos de Guatemala y El Salvador; cinabrio del valle de Querétaro: espejos de hierro (magnetila, ilmenita, etcétera) del valle central de Chiapas y Oaxaca: la mayor cantidad y mejor calidad de cacao mesoamericano se produjo en la llanura costera del Pacifico, en el Soconusco: por último, cristal de cuarzo, ámbar, amatista y, seguramente, artículos de carácter perecedero también llegaron de las áreas mencionadas.

En sentido contrario, los olmecas exportaron un simbolismo muy complejo que incluyó las figuras del felino y la serpiente, las figuras humanas con cara de niño y rasgos de jaguar, garras de jaguar, ojos llameantes, etcétera, que se ejecutan en bajorrelieve y escultura en piedra de carácter tridimensional. Además, la cruz de San Andrés, bandas, etcétera, que también se diseñan en cerámica, jade y otros materiales, Por último, un complejo ritual muy desarrollado que incluyó espinas de manta raya, dientes de tiburón, trompetas de concha y tambores de tortuga. Incluso la orientación 8° al noroeste de algunos edificios, el alto valor del jade, un estilo e iconografía complejo, el juego de pelota, varias deidades, etcétera, y puso a su disposición elaboradas redes comerciales que implicaron comunicación interregional, el desarrollo de una sociedad estratificada, gobernantes semidivinizados y centralización del poder y de la autoridad.

Su distribución se da en dos momentos: uno en que se exportan fundamentalmente cerámicas (del tipo Calzadas Grabado) con tales simbolismos, que llegan a la cuenca de México, valle de Morelos, valle central de Oaxaca, Guerrero, la

llanura costera del Pacifico y altiplano de Chiapas. En la segunda etapa, coincidiendo con la caída de San Lorenzo y el inicio de la influencia de La Venta hacia el año 900 a. C., es la escultura monumental en piedra y los relieves en rocas, la doble línea quebrada incisa decorando cerámicas, y el alto valor del jade, que se extiende por el occidente de Mesoamérica a través del Itsmo de Tehuantepec hasta el altiplano de Chiapas y la llanura costera del Pacífico de Guatemala y El Salvador.



Máscara de jaguar procedente de Río Balsas

Esta relación comercial parece haber sido rápida y directa, no de poblado a poblado intermedio. Algunos individuos, tal vez de élite, de las comunidades visitadas fueron influidos por los valores olmecas y pudieron incluso viajar al área metropolitana. En este sentido, existen monumentos en dicha zona que muestran la llegada pacifica de individuos del exterior, pero también la presencia de extranjeros de diferentes estatus y cautivos, a la vez que algunos monumentos manifiestan escenas de castigo.

Es decir, disponemos de suficientes elementos de juicio como para afirmar que no se desarrolló un verdadero Imperio olmeca que ejerció un control militar sobre fuentes distantes de materias valiosas, ni siquiera de las rutas que conectaban con ellas. Más bien hay que pensar que los olmecas utilizaron conceptos primitivos de intercambio y de relaciones de parentesco para explotar productos controlados por sus vecinos.

Es posible que a través de unas técnicas decorativas y de un simbolismo complejo los olmecas exportaran una ideología que utilizaron diversas comunidades agrícolas

mesoamericanas en proceso de estratificación para lograr altos grados de integración social y política que les permitió hacerse más complejas. A cambio de bienes exóticos, los olmecas expandieron un particular conjunto de conceptos acerca de un orden universal, mitos, rituales y deidades con los que sancionaron las teocracias regionales —su existencia, territorio y poder—. Así pues, los objetos olmecas sólo aparecen en aquellas sociedades regionales tendentes a la complejidad mientras que en las áreas en que no se dan tales características desaparece o no se da tal influencia.



Estructura E-VII-Sub de Uaxactún, Guatemala,
donde se observa la influencia olmeca.

Bibliografía

- Baudez, E., *América central*, Barcelona, Juventud, 1976.
- Bernal, I., *El mundo olmeca*, México, Porrúa, 1968.
- Covarrubias, M., *Arte indígena de México y Centroamérica*, México, 1961.
- Disselhof, H. D., *Las grandes civilizaciones de la América antigua*, Barcelona, Destino, 1965.
- De la Fuente, B., *Las hombres de piedra. Escultura olmeca*, México, Universidad Autónoma, 1977.
- Haberland, *Culturas de la América indígena*, México, FCE, 1977.
- Krickberg, W., *Las antiguas culturas mexicanas*, México, FCE, 1980.
- Palerm, A., y Gussinyer, J., *Civilizaciones y culturas de Mesoamérica*, Barcelona, Salvat, 1980.
- Pericot, L., *Las altas culturas centroamericanas*, Barcelona, Salvat, 1972.
- Piña Cahn, P., *Una visión del México prehispánico*, México, Universidad Autónoma, 1967.
- Sánchez, L. A., *América precolombina*, Madrid, Edaf, 1975.
- Sejourné, L., *América Latina. Las antiguas culturas precolombinas*, Madrid, Siglo XXI, 1985.
- Soustelle, J., *Los olmecas*, México, FCE, 1983.